

JORGE NINAPAYTA

HECHICERA

La vida de Rosauro Venegas, el cantante que hizo historia en los barrios populares del costado norte de la ciudad, puede resumirse en su sobrenombre: "La voz de la desesperación". Esto debido a que, al cantar, prácticamente se desprendía del corazón y entregaba ese viejo y sufrido órgano a sus seguidores. Si bien muchas de sus canciones enraizaron en el sentir del pueblo, hubo una, "Hechicera", que fue de lejos la más famosa. Con ella vibrando en las rockolas, hasta los espíritus más almidonados perdían consistencia y se derretían como gelatina en verano.

Hay que anotar, eso sí, que a pesar de la letra cuasi trágica de las canciones que brotaban de su estro poético, los arrestos musicales venían acompañados de vagos aires tropicales, como hechos ex profeso para airear las notas y balancear el ánimo. Así contribuían a crear más soltura entre los bailarines, quienes se movían con mayor comodidad, envueltos en un aire levemente picarón.

Desde sus mesas o desde la pista de baile, los asistentes miraban con reverencia al artista. Cuántas mujeres no hubieran deseado formar parte de la vida del cantante, atrinchilarse a su cuerpo magro pero recio y ser arrolladas por la vorágine de una existencia signada por la adoración popular. Pero Rosauro Venegas ya había tenido lo suyo en el rubro de amores y ahora tomaba las cosas con calma, suave nomás.

El egregio periodista del decano de los diarios de espectáculos, Mamerto "Botelliita" Sosa, había sentenciado en su página: "Todas las

mujeres tienen los calzones firmes. Hasta que Rosauero Venegas empieza a cantar". Una vida cuitada como la de él no podía producir sino ganas de cantar boleros. Aunque luego de su última decepción amorosa, Rosauero había dicho "hasta aquí nomás, me planto", y ya no quiso dar más guerra ni saber nada de mujeres. ¿Quién no conocía esta última parte de su historia?

Rosauero era flaco, trigueño, de un trigueño rosáceo debido al feroz consumo de alcohol (en este punto es bueno hacer notar que el licor, según lo han estudiado muchos periodistas y escritores, arrea las neuronas hacia la creación, las empuja al perol imaginativo, brinda exacta sazón a la voz, espanta los "gallos", enemigos del cantante huarapero; el hecho de que todos los defensores del licor fueran rabiosos bebedores era sólo mera coincidencia. Muchas ventajas tenía el licor. ¡Un salud por el licor amigo, compañero de miserias!).

Rosauero cantaba en peñas y bares de cierto copete durante la semana, pero los sábados se cuadraba en el bailódromo popular La Casa Blanca hasta que asomaba el alba. Algunas veces se tomaba un copetín, decentemente, mientras cantaba, afectando buenas maneras; pero cuando ya estaba embalado, dejaba copetines a un lado y se empujaba huaracazos de 40 grados de alcohol, un "matarratas", un RC y hasta un "saltapatrás" en las rocas. Luego seguía cantando. Y así, cantando cantando, era como había empezado la parte neurálgica de su historia, con esa mujer que dejó huella en su alma e incrementó su caudal de boleros cantineros hasta límites intolerables.

Todo sucedió un sábado, cuando Rosauero ya estaba trepado en el escenario. De pronto divisó entre la marea de gente a una hermosa mujer bailando sola. ¿Estaba viendo bien? Lo atrajo su figura estilizada, cual palmera mecida por el viento del deseo de los hombres. Erguida, con los hombros tirados hacia atrás, balanceaba el peso de su estructura lanzando hacia el frente los pechos, mientras abajo su cintura quebrada dejaba la cola bien rezagada. Él y los demás hombres trataban de aparentar recio dominio de sus emociones, pero era difícil disimular que en ese instante se hallaban sometidos al imperio de sus glándulas más

largas. Para qué ser hipócritas: todo entra por los ojos. En ese mismo momento Rosauero se enamoró de ella. ¿Acaso era la mujer que había estado buscando toda su vida y ya creía perdida?

La interfecta tenía largos cabellos azabache que enmarcaban un rostro donde brillaban un par de ojos verde mar. Rosauero no pudo hablarle esa vez, no tuvo oportunidad. Al finalizar su presentación, la buscó para decirle, en vivo y en directo, que su corazón había empezado a latir a velocidad no permitida, justo desde el instante en que la había visto. Pero ya no la encontró entre la multitud.

Felizmente, el sábado siguiente la volvió a ver y, ahora sí, le dirigió la palabra. Pocas palabras, es cierto, en los intermedios de su presentación, dándose un brinco desde el escenario, mientras el grupo musical afinaba cuerdas y calibraba los vientos. Y así le había sacado la dirección, a ella, quien se hizo de rogar, como corresponde a toda mujer hermosa y decente -“de su casa”-, lo cual atizó más la pasión del artista. Por esos días, al calor de la emoción, y aún medio turumbo de amor, Rosauero compuso “Ansias de ti”, un bolero para ser ejecutado por un enamorado sin remedio, sincopado y de versos cortos, para transmitir los sofocos que padece el viril corazón.

Tiempo después, por fin el artista pudo ir a casa de su musa, para llevarle serenata. Pero ella nunca salía por completo al balcón del segundo piso, sólo mostraba medio cachete. Y al finalizar el ramillete de canciones ofrendadas por el artista, desaparecía y apagaba la luz. Con esto, el cantante sentía que le estaban diciendo que se fuera con su música a otra parte, porque a esa casa, estaba visto, no iba a entrar (por lo menos por la ventana). O sea que la cosa tenía que ser con todas las de la ley, se dijo feliz, y no mediante un simple brinco, al cual Rosauero estaba largamente acostumbrado. Sin duda, era una mujer de honradez acrisolada, que no deseaba llegar fácilmente a mayores, como hacían tantas otras: nada por el suelo. Debía provenir de un hogar moralmente sólido, donde los valores serían lo primero (“Virgen de amor” nació entonces, al cual algunos estudiosos del bolero, incluido el periodista Mamerto Sosa, lo sindicaron como inaugurador del “bolero católico”).

El bardo siguió enamorando a la mujer silenciosa, de sonrisa sólo entrevista entre la bruma rojiza del local, quien a veces iba acompañada de otra mujer guapa, no tanto como ella pero seguramente de igual solvencia moral. Con sus trinos, el cantante le enviaba las rosas de su amor, ramos de petunias de pasión envueltas en corcheas desesperadas, sin poder evitar que alguna espina libidinosa se colara de contrabando. Mientras que la depositaria de tanto sentimiento desordenado, empinada para verle de costado (dijérase en pindinga), por sobre la multitud, se dejaba adorar, aceptando todos y cada uno de los requiebros, pero sin dar su bracito a torcer ("Dulce tentación"). Las semanas siguientes, la pasión arrastraba del cuello al artista, lo llevaba de las orejas hasta la ventana precisa y éste volvía, dale que te dale, a intentar doblegar a la causa de su dulce martirio, con versos populares envueltos en música más popular aun ("Divino ser, baja ya del cielo"), denotando la desesperación que iba haciendo presa del artista.

Fue por entonces cuando se le empezó a ver más ojeroso y flaco. Se reía solo, miraba de perfil, estornudaba para adentro y hasta contestaba con largas y sesudas respuestas a preguntas que nadie le había formulado. Pero en medio de tanto desborde de los sentidos, era posible percibir, para todo aquel que lo conociera, que el hombre estaba asquerosamente feliz. El siguiente paso fue el "todo o nada", porque decidió pedir la mano, ofrecerle matrimonio, una vida en la que ella sería la reina y él su adorador ("Senda al paraíso").

Dispuesto a tocar el cielo con las manos, preparó un ramo de sus canciones más sentidas, escogió a los acompañantes musicales, rebuscó en el baúl sus mejores pilchas y fue a dar la serenata de pedida de mano. Esa noche cantó como nunca. Su voz, a veces caprichosa cuando pasaba la medianoche, se portó comedida en su misión y desgranó las canciones en el tono preciso. Fue sin par su alegría cuando ella, siempre de medio cachete, le dejó caer el ansiado "sí" ("El ángel habla"): Rosauero dio un salto mortal de pura alegría, besó a sus músicos, ya que no a su dama. Acto seguido, se dio una borrachera, poniendo pata en todas las cantinas del Mercado Central, debido a lo cual quedó felizmente intoxicado.

El matrimonio fue fijado para dos semanas después. Prestas celestinas, o amigas, mejor dicho, ayudaron en los prolegómenos. El día fijado para la ceremonia, Rosauero llegó puntual al registro civil (turno vespertino), y se casó ante un juez de voz aguardientosa ("De esta noche no pasas" fue escrita esa misma mañana en una servilleta de restaurante; aunque es preciso aclarar, para tranquilidad de los espíritus más emotivos, que la letra es menos sangrienta de lo que amenaza el inflamado título).

Luego de despedir a los testigos, músicos, amigos y amigas, los novios, radiantes de felicidad, se internaron en la noche aventurera. En un veloz taxi fueron sin escalas al hotel previsto. Ya en el interior del vehículo, él había querido servirse con las dos manos, pero finalmente decidió aguardar. Llegaron a la suite, abrió la puerta y cargó a su dama para hacerla entrar en brazos.

Entonces sintió algo extraño. Como si su preciosa carga tirara más de un lado que del otro. Pero detectar eso hubiera sido labor de la lógica, la cual estaba aplastada por el abuso de los sentidos. Y esto provocó que Rosauero tirara el elegante saco a un lado, la camisa al otro, que los zapatos salieran disparados al frente y uno cayera por la ventana de ese décimo piso. Y cuando ya se disponía a calatearse del todo, a quedar listo para la faena de su vida, ella lo detuvo: "Un momentito, mi amor, tengo un secreto así de chiquito que contarte".

Ella subió a la cama y allí, arrodillada cual inocente gatita, insistió en lo del secretito, con el tono arrobador de estar tratando algo sin importancia (una cosita tonta, una pequeñez). "¿Te acuerdas de esos ojos verdes que tanto te gustan?". Rosauero, sin poder articular sonido alguno, sólo asintió moviendo la cabeza. "Son lentes de contacto, mi amor", y dicho esto procedió a sacárselos; luego de lo cual envolvió al cantante en la luz de una mirada medio ceniza y sin gracia, mientras tiraba las lengüetas verdosas sobre un sofá estacionado cerca de la ventana. Rosauero pensó que unos ojos verdes más o menos no modificaban gran cosa la situación. Y ya se aprestaba a dar un salto, cuando ella lo detuvo. "Aguanta, aguanta, papucho... hay más". Y procedió a mencionar otro

secretito. “¿Te acuerdas de ese cabello azabache que tanto te gustaba acariciar?”, dijo y acto seguido se sacó la peluca y la tiró al sofá, con lo cual quedó al aire una cabeza de cabellos cortitos como de recluta primerizo.

Rosauro aún seguía enamorado, aunque con baches. Y cuando se aprestaba a dar el gran salto, ella nuevamente se adelantó: “¿Te acuerdas de esas piernas que tanto te gustan?”, y se sacó una de ellas, unida por un gancho a un arnés colgante de la ingle, y lo tiró al sofá. “¿Te acuerdas de este *derriere* que siempre miraste y nunca te atreviste a tocar?”, y luego de levantarse la falda hasta la cintura, manipuló en un lugar recóndito algo que hizo click, y sacó unas mullidas redondeces que lanzó al sofá. Después lanzó incluso unos senos que parecían naturales. Rosauro pensó entonces: “Carajo, la vida es un mal chiste”. Al final, luego de tanta franqueza junta, ella se deslizó bajo las sábanas de seda, hasta formar unos pliegues tristes, como de pejerrey en fin de temporada, e invitó a Rosauro a que se despachara a su regalado gusto: “¡Ahora sí, ven y maltrátame, mi negro!”, abriendo los brazos (eran auténticos).

Pero ya Rosauro no era el mismo de antes. Y tampoco ella lo era. De pronto las ganas se habían mandado mudar, y el amor un poco antes. Dio unos pasos, miró lo que había en la cama, lo evaluó a ojo de buen cubero comparándolo con lo que descansaba en el sofá, y dijo, apesadumbrado ante tanta barbarie: “¿Para qué, si lo mejor está en el sofá?”.

Poco tiempo después aparecieron sus más doloridas composiciones. “Plástico” fue la menos comprendida por el sustrato un tanto críptico que la recorre. Le siguieron “Belleza repartida”, “A pedacitos” y “Sin nada”, las cuales continuaban siendo requeridas por los seguidores del cantante, especialmente entre los iniciados. Pero la que agarró carne en el respetable público fue “Hechicera”, una que parecía hecha para denunciar la pena particular de todo varón que se respetara:

Hechicera,
nada por aquí,
nada por allá,
ni en el centro estás.

Embustera,
Nada cierto en ti
bajo tanto pliegue
y promesa falaz.

Farsante,
me muestras el dulce
y un baúl de tesoros,
más vacío que tu alma.

Porque eres:

chapucera,
embrolladora,
farolera,
embaucadora,
estafadora,

y muchas cosas maaaaaaááááá...

Uno podía decantarse por alguna de las diversas vertientes de los boleros de Rosauero, pero en lo que todos coincidían era que cuando se largaba a cantar esta canción, ya sazonado por el licor amigo, incluso los hombres más rudos y ásperos (camioneros en paro, albañiles, estibadores) tenían serios problemas para sujetar alguna lágrima artera. Mientras que el resto de machos no tenía más remedio que disimular bailando, metiendo la cara entre los cabellos de la pareja, para sofocar un conato de sollozo.

Hechicera,
nada por aquí,
nada por allá,
ni en el centro estás.
(BIS)